

# Participación Especial

**Marcela Bravo Ahuja Ruiz\***

\*Académica de Tiempo Completo del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

**Marcela Bravo Ahuja.-** Buenas tardes a todos, buenas tardes al Maestro José Castelazo, al Mtro. Manuel Quijano, al Dr. Fernando Pérez Correa, a la Mtra. Hilda Aburto, al Dr. Luis Medina, al Dr. Javier Oliva. Buenas tardes a mis cuñadas aquí presentes, a Carlos, a María, a Rodrigo, a mis hermanos Víctor y Rocío, a todos ustedes.

Lo conocí en 1974 en la Universidad Iberoamericana, como mi Maestro de Teoría Económica y Social del Marxismo, título de materia que hoy al menos nos hace sonreír. Llegaba con un atuendo informal, que pronto abandonaría junto con su primera juventud, para no dejar más traje y corbata. Sin embargo, lo que nunca perdió fue esa extraordinaria capacidad de transmitir lo que leía y también podía aplicarse en la interpretación de nuestra realidad política.

Le daba sentido a textos clásicos, estaba permanentemente al corriente de lo último que se escribía, era ameno, interesante, motivador. Desde luego fue uno de mis mejores maestros, lo sería toda su vida, mi maestro y el de nuestros hijos, lo sería de tantas generaciones que no lo olvidarán y a las que marcó con su visión aguda y su espíritu respetuoso. Su interés sin tregua, su renovación continua y la originalidad de su mirada son lo que más extrañaremos. No quiero decir lo que otros pueden decir, quiero contarles lo que a lo mejor no saben, porque él, que sabía oír como pocos a los demás, poco platicaba de sí mismo.

¿Cómo llegó Carlos a ser ese maestro destacado? Provenía de una familia chiapaneca de abolengo, no era un Gutierritos cualquiera, era descendiente de Don Joaquín Miguel Gutiérrez, que le dio nombre a la capital de su estado por haber luchado en el Siglo XIX por la Independencia y más tarde, del lado de los liberales, trabajado por la anexión de Chiapas a México. Era sobrino de Juan Sabines, el poeta. Su tío abuelo fue gobernador, su abuelo senador, su padre, un notable médico, pionero de la salud pública en México y en Latinoamérica, alto funcionario de la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

Quiero que imaginen como yo lo hago, a un niño que odiaba la escuela, cuyos padres, afortunada y sabiamente no lo mortificaban y que pudo por tanto leer a su antojo los libros que tienen las familias cultas, en las que la lectura es un hábito. Ese fue Carlos, en buena medida, un autodidacta, producto de su rechazo a la educación autoritaria que nunca toleró. Así llegó a la edad en que se elige carrera y, como para muchos, esa elección fue un azar, tan grande en el que se conjugaron: primero, no gustar de las matemáticas, por lo que quedaban descartadas muchas alternativas profesionales, entonces relaciones industriales pareció ser por un momento la opción elegida, ¿se imaginan? Segundo, el azar encarnado en una autoridad escolar que pasaba por donde él estaba formado para registrarse, animando a quien se dejara, para inscribirse en la carrera de Ciencias Políticas y Administración Pública de reciente creación para la que necesitaban alumnos.

Desde luego que le aseguraron no tendría problema con las matemáticas. Y resultó que Carlos había nacido precisamente para el análisis político, había nacido para ser el tipo de profesor que él hubiera querido tener en su infancia y que para bien, sí conoció en la Universidad, profesores que vieron y orientaron su potencial. Desde entonces no paró de estudiar, lo hizo en la Ibero donde cursó su licenciatura; lo hizo en el Colegio de México, donde cursó una Maestría en Estudios Orientales; lo hizo en la UNAM, donde obtuvo el primer Doctorado en Ciencia Política que la institución otorgaba a un egresado.

Carlos no distinguía la semana de los fines de semana, los periodos escolares de las vacaciones. Capacidad de trabajo le sobraba, las ideas le brotaban a borbotones, desde entonces no paró de estudiar y de enseñar lo que estudiaba. Además, su labor docente fue apoyada por un genuino gusto por la investigación, en especial, por el trabajo en equipo. Su interés por China le hizo abordar la historia de ese país, particularmente la reciente,

y aterrizar en la revolución cultural entonces en marcha, esa fue su tesis de licenciatura. De ahí pasó a los escritos de Mao en la Maestría y a una lectura cuidadosa de los padres del pensamiento de izquierda: Marx, Engels y Lenin.

No fue extraño así que llegara al estudio de la burocracia como tesis de doctorado. Era un derivado de su revisión del llamado modo asiático de producción y un intento de los de aquella época por actualizar el análisis marxista de las clases sociales, aplicándolo esta vez a la realidad mexicana. La muerte de Carlos es la muerte de un miembro de esta generación marcada por la oposición a un sistema político que entonces, tras el 68, reflejaba signos claros de agotamiento. Una generación que en el recién fundado Centro de Estudios Políticos de la UNAM pudo hacer de ellos objeto de su trabajo.

En su constante evolución no se quedó en las primeras explicaciones que encontró; sin embargo, de ellas conservó para siempre su espíritu crítico e independiente, conservó también su interés por la teoría, de donde derivó su interés por la evolución de su disciplina y la de las Ciencias Sociales en general, así como su interés por la enseñanza de las mismas. Con los nuevos tiempos, y con sus nuevas lecturas, no pudo permanecer en el estudio de la burocracia y de la composición del mando político en el país. Eran trabajos interesantes sobre la FETSE, sobre carreras políticas, sobre los canales de ascenso al poder, pero le fue ganando terreno el estudio del cambio político que México experimentó desde la liberalización que produjeron las reformas electorales, que desde 1977 se fueron sucediendo.

Fue estudioso y en cierta medida, no creo exagerar, actor del cambio, porque no hubo que yo recuerde, reforma electoral en que no fuera consultado, salvo esta última en que nadie fue consultado. Al final, era uno de los especialistas más importantes en los temas de partidos políticos y asuntos electorales. Su visión

imparcial, su amplio criterio y su carácter constructivo le trajeron amigos de todos los colores; sólo Carlos pudo haber congregado al grupo heterogéneo y diverso en lo político que asistió a su funeral.

Para su vida académica, la cual se concretó en unos 5 libros, una veintena de capítulos de libros, casi 100 artículos y conferencias, miles de editoriales y un sinnúmero de entrevistas en radio y televisión, Carlos contó con varias fortunas derivadas de su educación que así se lo permitieron. No consentir necesidades económicas, lo que le liberó el tiempo que esa labor requiere y tener una salud mental envidiable, lo llevó a desarrollarse profesionalmente sin ambiciones enfermizas ni envidias. Sinceramente gozaba el éxito de los demás y estaba más cerca de todos en sus tropiezos. A muchos les tendió la mano. Personalmente le interesaba luchar, pero nunca sobreestimó sus logros ni se contrarió al no obtener lo que había buscado, simplemente no reconocía la adversidad.

Pese a todo ello, la vida profesional de Carlos no se contuvo en el aula y la biblioteca, igualmente, se desarrolló en otros frentes, en tanto tuvo la ocasión de ocupar varios puestos que le permitieron poner a prueba sus habilidades políticas y administrativas. Como Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de 1984 a 1988, comprendió que la institución, sacudida por los conflictos internos que habían impedido a sus dos predecesores concluir sus cargos, se encontraba atomizada en muchos grupos y por eso emprendió un reordenamiento exitoso de la misma, que le dio gobernabilidad y estabilidad, siempre como entonces fue un excelente negociador. Muchos fuimos testigos del encanto con que ponía de acuerdo a los mayores rivales y lo más sorprendente es que nunca se peleó con nadie, ni creo que acumulara enemigos.

Además, como servidor público no solo contaba con capacidad de concertación, sino también con capacidad de convocatoria. Carlos tenía múltiples relaciones con las que hizo realidad

muchos de sus proyectos, sabía contrarrestar los defectos de sus colaboradores y sacar lo mejor de ellos. Era un placer trabajar con él por su forma cariñosa, porque no asumía molestas jerarquías, porque era compartido y dejaba crecer, procuraba que uno creciera. Su liderazgo era entusiasta y discreto, su trayectoria, enlaces, experiencia y vocación académica las integró en 2002 en la constitución de la Asociación para la Acreditación y Certificación en Ciencias Sociales, la ACCECISO, que desde entonces ha acreditado a más de 130 programas universitarios en 25 instituciones educativas, incidiendo en el desarrollo de estas disciplinas.

Carlos no fue más y no fue menos, yo pienso que merece este homenaje no únicamente porque al momento de fallecer era Vicepresidente del INAP, cargo que ejercía de manera desinteresada, porque veía el reto que significa reinterpretar y reorientar las instituciones en el México plural que hemos construido y porque destacó en su profesión. Merece también este homenaje porque lo hizo con gran placer, sin sacrificar su calidad de vida ni su vida privada, porque Carlos gozó inmensamente su trabajo y con ello dio su mejor ejemplo. A nombre de la familia, muchas gracias por este evento, por permitirme hablar, y por estar aquí.

**Hilda Aburto.-** Muchas gracias a la Dra. Marcela Bravo Ahuja y por último, para cerrar este homenaje, le pediremos al Mtro. José R. Castelazo que nos dirija unas palabras.